

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

NIXTAMAL HISTORIA DE UN VIAJE

EDGARDO GUTIÉRREZ

EDICIÓN 2020



LOS DEL
QUINTO PISO

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2020 en el Programa de formación en escritura dramática, DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de Edgardo Gutiérrez. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con el autor: weggarcia@gmail.com

Edgardo Gutiérrez



Nace en el municipio de Apopa, departamento de San Salvador, el 18 de octubre de 1991. Hijo de María Claudia Lorena Gutiérrez y Warner Edgardo García Ramírez. Estudia la carrera de Letras en la Universidad de El Salvador entre los años 2010-2014. Durante ese mismo período es miembro del *Círculo Literario XipeT*, formado junto a los poetas Antonio Casquín, Antonio Alas y Darvin Martínez en mayo de 2011. Este círculo literario es parte del colectivo de jóvenes escritores de *La Generación de la Sangre*, que

tuvo su raíz en el municipio de Quezaltepeque. Ha ejercido la docencia en el área de Educación Básica. En 2019 inicia en el Programa de escritura dramática “*Didascalía*”, organizado por el grupo de teatro *Los Del Quinto Piso* e impartido por la dramaturga salvadoreña Jorgelina Cerritos.

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

NIXTAMAL
HISTORIA DE UN VIAJE

EDGARDO GUTIÉRREZ

DIDASCALIA
EDICIÓN 2020

*A la Generación de la Sangre.
Al Círculo Literario XipeT.
A los poetas Antonio Casquín,
Darvin Martínez y Antonio Cruz.*

Personajes:

Teresa
Ramiro
Militar fronterizo
Militar
Otro militar
Fidel
Fermín
Fidel Niño
Ángela Sánchez
El viento
Sombra de Ramiro
Sombra de Teresa
El fuego
Abuela Shilut

La frontera del mediodía. Teresa y Ramiro vienen de una larga jornada a pie. Los pasos se arrastran sobre la tierra desierta. Remolinos vienen y van desde muy lejos.

Teresa: ...ya sé que estamos perdidos, Ramiro. Desde hace tres días vagamos sin saber hacia dónde... Aquí no hay camino, se acabó el agua. La luz me hiere los ojos, tengo la piel hecha escamas por el viento. Quizá si nos convertimos en serpientes, llegaremos más rápido. Tenías razón, aquí no nos matará el hambre, ni el frío, ni las deudas... Porque antes nos hallarán hechos polvo, rodando en esos remolinos que vienen y van donde les da la gana, sin fronteras, muros ni cárceles. Desde arriba parecemos hormigas locas, Ramiro, el sol nos mira, buscando un agujero dónde meternos para siempre. ¿Querés que te diga un secreto? Pero jurá por tu vida que no vas a abrir la boca... eso, así como vas ahorita, más mudo que una calavera de las que hay por aquí... ¿querés saber quién vino a despedirse de nosotros? ¿La casera? ¡Cortate esa lengua! Cuando sepa que vendimos su casa con papeles falsos, pondrá una cara peor que la tuya en este instante... No, no, fue una señora extraña... ¿Querés saber qué me dijo? ¡Dejame hablar! Silencio, eso, silencio, el dedo en la boca, los labios cosidos, la garganta muda, eso, nada cuesta hacer silencio, si tan sólo dejaras de hacer ese ruido por la nariz, Ramiro. ¡Es horrible! Hasta yo lo hago, sin darme cuenta. Ojalá se detuviera, ¡ojalá el aire se quedara quieto en el pecho de una vez por todas!

Caminan en círculos, desorientados, imitando el remolino mientras ascienden el monte pelado.

Ramiro: Ya te pegó la insolación. No sabés como trabajo yo... yo sé por dónde vamos. Yo sé... mirá cómo está el sol... ¿Dónde está la sombra de los árboles? ¿Dónde está la sombra de las piedras? ¿Entendés lo que te estoy diciendo? Estamos en el ombligo del día. El punto más alto del sol, allá es el norte, allá está el sur, el

oriente por ahí, y el poniente hacia acá... sólo hay que encontrar aquel amate, el que estaba por la casa... no, no, este es otro árbol, Teresa... allá está, ¿lo ves? Después del monte pelado, al fin llegaremos... No te miento ni tengo por qué, allá vos si le creés más a una desconocida que a tu propio hermano. Te lo estabas guardando para que me enojara, ¿verdad? Lo primero que te digo, lo primero que hacés. Que nadie se entere que nos vamos, te dije, cuidado que nadie te saque palabra, los vecinos tienen lengua sarnosa, les pica por hablar. Decime, ¿qué hacía esa señora a las tres de la mañana tocando la puerta? Mala señal, dije para mí. Te advertí del peligro. Pero no, vas y le abrí mientras yo orinaba muy a mi gusto. Por poco nos jodés a los dos. ¿Qué quería? ¿Cuál era la urgencia por hablar con vos? Sé que me vio, algo te dijo... ¿Quién es, Teresa?, grité. Sé que me oyó, alguien corrió por la calle. Nadie en medio de la noche, sólo vos en la puerta, con ojos de coyote furioso.

Teresa cae por el cansancio, se levanta. Ramiro se detiene a respirar.

Teresa: Coyote vos, que nos trajiste a este desierto. ¿Pensás que no sé la verdad? Estoy muerta de sed, pero todavía tengo fresca la memoria. ¿Por qué no me lo habías dicho, Ramiro? ¿Por qué sos tan mentiroso?

Ramiro: Este zacate necio quiere machete, mejor no saber demasiado, hermanita. Te podés enfermar, ya suficiente con estar aquí... ¿Qué querés que te diga? ¿Que se acabó el dinero? ¿Que de aquí ya no hay regreso? ¿Que sólo queda esperar que la sed nos quemé la sangre? ¿Eso querés que te diga? ¡Ya estás grande, Teresa! ¿A quién le importa lo que ya fue, si no sabe lo que viene?

Teresa: Todo eso ya lo sabía, lo del dinero, lo de tu plan sin camino, lo del viaje sin retorno... Te estás haciendo el tonto, Ramiro, sé que sabés, sé que sabés que yo sé a qué me refiero... Sos un jodido desgraciado... ¿Sabés lo que me dijeron antes de empezar el viaje? Me dijeron, tenemos una abuela... que está viva, siempre estuvo buscando... Al principio no creí a la mujer, mentir es fácil, dije. Usted se equivoca, me está confundiendo, mejor váyase. Pero ella insistiendo, yo negando. ¿Qué no te acordás, Teresa?, me cuestionó, yo incrédula. Me puso un papel en la mano. Aquí, este. Vos cruzaste la habitación, borracho de sueño. Ella insistió, allí está la dirección, tienen que ir a verla. Los ha buscado por años. Aullaste moviendo los brazos así. Huyó sin decir quién era. Te vio, lo sé. Guardé el papelito. Aquí tengo, una dirección. También su nombre. ¿Cómo no vas a saber de qué te estoy hablando, Ramiro cabrón?

Ramiro: ¿Y de qué te sirve decir eso a estas alturas? ¿De qué me sirve escucharlo? ¿Creés que vendrá a reconocer nuestros huesos pelados por el viento? ¡Dejate de sueños, mujer loca! ¡La abuela está muerta! ¡Más muerta que este desierto! ¡Enterrada, muda, quieta y sorda bajo las piedras!

Teresa: ¡Igual que nosotros!

Ramiro apresura el paso, furioso.

Teresa: ¿Qué? ¿Me vas a dejar aquí? ¡Andate a tu puto país donde nadie te conoce y menos darán un carajo por vos! ¡Si sos capaz de mentir, sos capaz de todo, oíste! ¡Que me lleven los remolinos a donde sea, menos donde vos estás! ¿Sabés otra cosa? ¡Ella me previno de vos! Yo cerré mis oídos, confiando en tu mala fe. Tengo dos piernas, me basta y sobra...

Ramiro: ¡Cerrá esa boca!

Teresa: Vení a cerrármela vos.

Ramiro: ¡Ahí están los de la frontera! ¡Regresémonos!

Teresa: No.

Ramiro: ¡Qué estás diciendo! ¡Nos vas a joder a los dos!

Teresa: No, hasta que digás la verdad.

Ramiro: ¡Estás loca, Teresa! ¡No des otro paso!

Teresa: Decí la verdad...

Ramiro: ¡Qué verdad ni qué putas! ¡Quedate ahí donde estás! (*Ramiro retrocede, temeroso*).

Teresa: ¿Es cierto lo de la abuela?

Silencio.

Teresa: Eso es todo, Ramiro.

Desde un parlante, una voz les interrumpe. Ramiro retrocede.

Militar Fronterizo: ¡¡¿Para dónde van ustedes?!! ¡¡Quietos, quietos, ¿qué no oyeron?!!

Teresa se detiene, sube con torpeza los brazos. La cabeza sobre el pecho.

Militar Fronterizo: ¡¡Que no oyeron!! ¡¡Quieren un par de tiros!!
¡¡Acérquense, eso me gustaría!!

Teresa: ¡Viva! ¡Llegamos, Ramiro! ¿Querés saber cómo me siento? (*Ríe*).
¡Por fin la maldita frontera!

Un remolino de polvo, Ramiro corre a esconderse en algún lugar cercano.

Militar Fronterizo: ¡¡Vamos a regresarlos al hoyo de mierda de donde vinieron!!

Teresa: *(A los militares fronterizos).* ¡Ustedes váyanse a la mierda, putos!
¡Nada les debo ni me deben! ¡Soy yo sola, vengan aquí y les creo
que no son solo bulla! *(A Ramiro).* ¡Por una vez, no tener coraje
de asumir la verdad! ¡Por una vez, no tener la humildad...!
*(Teresa se derrumba por un golpe de calor. Ramiro corre hacia
ella, trata de levantarla, los parlantes interrumpen con una
detonación).*

Militar Fronterizo: ¡¡No estamos jugando, por la gran puta!! *(Disparo al
aire).*

Ramiro: *(Levantando las manos desde el escondite).* ¡Haré lo que diga!
¡Espere! ¡Nos morimos de sed!

Militar Fronterizo: ¿Dónde está el otro? *(Disparo).* ¡No te hagás el
pendejo, no tenés donde correr!

Ramiro: No, no... Ella es mi hermana... *(Ramiro levanta lentamente los
brazos y asoma el cuerpo).*

Teresa: ¡Agua, Ramiro! ¡Aunque sea un trago de sangre! ¡Aunque sea la de
un animal recién muerto! ¡Agua, Ramiro! ¡Cargo el infierno en la
garganta!

*Ramiro se inclina hacia Teresa. Un disparo desgarró el aire. Ramiro se
arroja al suelo, dando vueltas sobre el polvo.*

*Teresa y Ramiro despiertan. Están en la frontera del mediodía a mitad del
camino hacia la casa de la abuela. El cansancio ha menguado, salvo un
sueño persistente en los ojos. El cuerpo más liviano, como desapareciendo.
Caminan, de repente un tosco grito. Militares llevan a tres campesinos
prisioneros. Algunos caen por desmayo o peor. Teresa y Ramiro los siguen
con la mirada. Los militares no parecen advertir la presencia de los
hermanos.*

Militar: ¡Que los levantés!

Otro Militar: *“Que cada uno se arme de su espada; recorran el campamento pasando de una puerta a otra, y maten sin tener en cuenta si es hermano, amigo o pariente”.¹*

Fidel: No se puede.

Militar: ¡No te estoy preguntando, mierda! ¡Que los levantés! ¡Ni que tuvieran... tan quebrados los pies!

Otro Militar: *“Matad, pues, ahora a todos los varones de entre los niños; matad también a toda mujer que haya conocido varón carnalmente. Pero a todas las niñas entre las mujeres, que no hayan conocido varón, las dejaréis con vida”.²*

Fidel: Tengo los pulgares atados.

Militar: *(Saca un machete y le corta, grosero, el hilo que le sujeta los dedos).*
¿Otra cosita, mi amor?

Otro Militar: *“Tomamos entonces todas sus ciudades, y destruimos todas las ciudades, hombres, mujeres y niños; no dejamos ninguno. Solamente tomamos para nosotros los ganados, y los despojos de las ciudades que habíamos tomado”.³*

Fidel: Despierten... despierten... por favor...

Fermín: Agua... agua... *(La sangre de los dedos de Fidel cae sobre el rostro de Fermín y Ángela).*

Fidel: Vamos, despacio...

Fidel ayuda a ponerse en pie a Ángela y Fermín.

Militar: ¡Hasta aquí!

¹ Éxodo 32:25-28.

² Números 31: 17-18

³ Deuteronomio 2: 34-35.

Ramiro: Una de dos, Teresa. El sol nos quemó la cabeza y alucinamos... o nos quedamos dormidos, y todo fue un mal sueño por la sed y el hambre.

Militar: *(A Fermín, que pide agua).* ¡Callate el hocico, perro!

Teresa: ...o peor...

Fidel: *(A Ángela y Fermín).* Los quiero, hijitos...

Ramiro: *(En voz baja, a Teresa)*... ¿O peor? ¿Qué? ¿Muertos? *(Teresa no contesta).* ¡Ja! ¡Muertos, dice! ¡Muertos! Nos dormimos bajo el sol, ¿no ves? La luz nos cegó y ¡paj! ¡Azotamos la tierra con la cabeza!

Teresa: Eso no quita lo que dijiste.

Militar: ¡Aquí nomás! *(A los tres prisioneros).* ¡Nada les cuesta hacer caso!

Otro Militar: “*Ve, pues, y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tiene, y no te apiades de él; mata a hombres, mujeres, niños, y aun los de pecho, vacas, cerdos, caballos y perros*”.⁴

Ramiro: *(A Teresa).* ¿Qué dije? ¿Lo de la abuela? No te debo explicaciones. Muerta, dije.

Teresa: Igual que nosotros.

Militar: Qué más da. Les llegó la hora de los cuchillos largos.

Otro Militar: “*Dichoso el que tomare y estrellare tus niños contra la peña*”⁵

Silencio.

Otro ruido llama su atención. Los hermanos retroceden y se arrojan al suelo.

Un niño con cabras se aproxima.

Teresa: ¿Qué pasa?

Ramiro: Ese ruido... alguien viene arrastrando los pies.

Teresa: Escucho el balar triste de las cabras.

⁴ 1 Samuel 15: 3.

⁵ Salmos 137: 9.

Ramiro: ¿Qué cabras, no ves que es un niño?

Militar: Aquí terminó el viaje.

Otro Militar: *“Los verdugos de la ciudad han llegado, y cada uno trae en su mano su instrumento para destruir”.*⁶

Militar: ¡Enemigos de la patria!

Otro Militar: *“Pasad por la ciudad en pos de él, y matad; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia”.*⁷

Militar: ¿Qué tienen que decir?

Fidel: La verdad.

Militar: ¡Un carajo!

Otro Militar: *“Contaminad la casa, y llenad los atrios de muertos”.*⁸

Militar: Proceda, soldado.

Otro Militar: *“Así, pues, haré yo; mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia; haré recaer el camino de ellos sobre sus propias cabezas”.*⁹

El Otro Militar dispara. Los tres se desploman sobre el polvo ardiente. Ramiro y Teresa también mueren. Una voz los despierta.

Niño: ¡Oooooiiiiii! ¡Oooooiiiiii!

Los hermanos, asustados, miran al niño. Él se ajusta el sombrero para quitarse el sudor.

Niño: ¡Ay, hijitos! ¿De dónde han salido ustedes?

Ramiro: De por aquí.

Niño: Para allá voy. ¿Y para dónde van ustedes?

⁶ Ezequiel 9: 1.

⁷ Ezequiel 9: 5.

⁸ Ezequiel 9: 7.

⁹ Ezequiel 9: 10.

Teresa: *(Teresa empieza a recordar. Saca un papelito de su bolsillo). A buscar a la abuela.*

Niño: ¿Y cómo se llama ella?

Ramiro: Escuchá esas cabras, Teresa. Hasta ellas conocen el camino mejor que nosotros.

Teresa: ¿Qué cabras? Yo oigo voces de niños.

Niño: No crea todo lo que oye.

Teresa: Seguro tendrás hambre, niño. ¿No querés comer algo con nosotros?

Ramiro: ¿Qué? ¿No dijiste que ya no teníamos con qué? A mí bien que me racionás.

Niño: Pues yo a comer iba, hijita. No hay pena, aquí traigo unas tortillas.

Ramiro: Si que está jodido el sol, ¿verdad?

Niño: Según... el mundo se mueve con el Sol...

Ramiro: Aquí es peor que un desierto. Dame queso, Teresa.

Teresa: Se acabó.

Ramiro: Solo porque te lo pido yo, ¿verdad?

Niño: Aquí llevo, pero es de cabra.

Ramiro: Ese no me gusta, pero deme un pedazo.

Teresa: ¿Y más tortilla no querés?

Ramiro: Dame.

Teresa: Pues ya no hay.

Ramiro: Qué mezquina, mujer.

Niño: No la regañe, aquí le doy de las que llevo. *(Le ofrece un par de tortillas con queso).*

Ramiro: Saben raro.

Niño: Son de maicillo. ¿Nunca las ha probado?

Ramiro: Pues no, allá son diferentes.

Niño: ¿Dónde allá?

Ramiro: De dónde venimos.

Niño: ¿Y de dónde vienen?

Teresa: De allá donde no se alcanza a ver.

Ramiro: ¿Ves aquellos cerros?

Niño: ¿Aquellos? ¡Qué van a ser cerros!

Teresa: ¿Y qué son, pues?

Niño: Montañas de huesos, hijitos. (*Se levanta*). Miren allá abajo, aquel río.

Ramiro: ¿Cuál río? ¿El Bravo?

Niño: No, su hermano, el Acelhuate. Miren qué rojo se ha puesto.

Teresa: ¿Cuál río? ¡Carajo! ¡No puedo ver! ¡Este polvo me persigue a todas partes!

Niño: ¡Cuidado! Hay polvo de gente en el viento del mundo.

Ramiro: Ni río ni qué. A veces se oye una corriente de agua, pero es el viento, de seguro.

Niño: Usted no entiende, ¿verdad? Ya me voy. ¡Cómo se pasa de rápido la vida!

Teresa: ¿Sabe si vive gente más allá?

Niño: Muchísima. Pero hay que saber buscar. Sigán por donde vine.

Ramiro: ¿Y las cabras? ¿Qué se hicieron? Se le escaparon, niño.

Niño: ¿Cuáles cabras? No mienta, hijito.

Teresa: ¿Y los niños?, juro que los vi.

Niño: Los mataron a todos. (*Pausa*). Ya me voy.

Teresa: Pero si... ¿Verdad, Ramiro? ¿Aquí estaban, no?

Ramiro: Adiós niño, gracias por la comida.

Niño: Que les vaya bien. (*El niño, ahora con rostro de anciano, los vuelve a ver*). Adiós hijitos.

Pasa un fuerte remolino de polvo. Los hermanos mueren nuevamente.

Despiertan y siguen su viaje.

Teresa: Siento que el día no termina.

Ramiro: Estás mal. Se siente igual que ayer. Pero no ayer, sino la primera vez que subimos.

Teresa: ¿Y cuándo hemos subido, mentiroso?

Ramiro: Vos ni pensabas en nacer. Bueno, sí, sólo que casi te morís en el intento.

Teresa: ¡Qué gran cariño el que me tenés!

Ramiro: Ya sabés como soy. Digo lo que pienso. (*Empieza a caminar entre la hierba*).

Teresa: Pero no sentís lo que decís, lengua de chalchihuite. (*Le sigue el paso*).

Ramiro: (*Tropieza en un hoyo, cae estrepitosamente*). ¡Por la gran puta! ¡Por tu culpa casi me quiebro el hocico! (*Ramiro está atrapado en un refugio*).

Teresa: ¿Acaso yo te empujé? Sos igual que en la vida, no sabés donde ponés los pies.

Ramiro: ¡Callate, mejor! ¡Ayúdame a salir!

Teresa: Primero, pedilo de buena manera.

Ramiro: ¿Qué querés? ¿Qué me ponga de rodillas? Mejor buscate algo para sacarme. ¿Tengo cara de estar a gusto, o qué?

Teresa, con mal semblante, sale a buscar cualquier cosa para ayudarlo. Aparecen la Mujer y los niños refugiados en el tatú. Pasa un remolino de polvo.

Mujer: ¡Por lo que más quiera! ¡Deje de gritar o nos descubren!

Ramiro: ¿Y usted de dónde salió? ¿Qué está haciendo aquí abajo?

Mujer: Protegiéndolos.

Ramiro: ¿Protegiéndolos? ¿A quiénes?

Mujer: A los niños. No alce la voz, que sólo los hace llorar. A gritos nos obligaron a salir, a gritos dispararon, se llevaron a otros niños, quemaron milpas y casas, a gritos mataron.

Ramiro: ¿Cuánto tiempo lleva aquí? Perdone que le pregunte.

Mujer: Días, semanas, ya ni sé en cuál mes estamos.

Ramiro: ¿No sabe? Ya pasó todo eso, ya se terminó...

Mujer: Esta maldita guerra no tiene fin. ¿Cree que estamos aquí por voluntad?

Ramiro: Ya pasaron muchos años, el mundo...

Mujer: El mundo es aquí. Mírelos, mis chiquitos, cómo tienen hambre...

Ramiro: ¡Teresa!

Mujer: ¡No grite! ¡Qué le acabo de decir! ¡Vendrán por nosotros, por ellos!
(*Se cubre la cara con el cabello. Se escucha el llanto de los niños*).

Ramiro: Usted perdone, de veras. Mire, aquí tengo algo... es un... es un...
pedazo de pan de maíz... lo guardaba para la noche... tome...

La Mujer mira con asombro el pedazo de pan.

Pausa.

Ramiro: Tome... para usted y los niños...

Mujer: (*Toma con temblor el pan*). Me da pena con usted... no quise... tengo
miedo por nosotros...

Ramiro: Coma tranquila, ahorita salimos de aquí...

Mujer: ...que coman ellos, mejor...

Ramiro: ¡Adónde carajos te fuiste a perder, Teresa!

Mujer: ...yo puedo esperar...

Ramiro: Aquí abajo es un horno...

Mujer: ...sólo un pedacito, lo demás, para ellos, pobrecitos...

Ramiro: Oiga, usted... ¿Usted sabe cómo llegar al caserío? El que está allá
arriba...

Mujer: ...sólo un bocado... tengo años de no comer pan...

Ramiro: Chaparral...

Mujer: ...la última vez que comimos pan... ya no me acuerdo...

Ramiro: Caserío Chaparral... allá vive una abuela de nosotros...

Mujer: ...coman despacio, despacio, así, así, bien... bien...

Ramiro: A lo mejor la conoce, se llama...

Mujer: ...el pan tiene sabor a pólvora...

Ramiro: Algo se está quemando... ¿Teresa, dónde estás?

Mujer: ...sabor a huesos quemados... a fósforo blanco en la carne viva...

Una bomba cae en los alrededores. Humo y ardor en los ojos. La Mujer cubre a sus hijos en un abrazo. Ramiro se aferra a las raíces y el barro seco.

Ramiro: ¡Se está quemando el cerro!

Mujer: ¡Son las bombas que arrojan del cielo! ¡Cúbrase los ojos, o lo dejarán ciego!

Ramiro: ¡Teresa! ¡Teresa! ¡Teresa!

Teresa: ¡Quema en todo el cuerpo!

Ramiro: ¡Aquí, aquí estamos!

Teresa: ¡Arde en toda la cara!

Ramiro: ¡¿Dónde estás?!

Teresa: ¡El aire está hirviendo! ¡La hierba se mueve como animal rabioso!

Mujer: ¡Que se arroje al monte quemado, allí no la tocará el fuego!

Ramiro: ¡Teresa, corré, seguí mi voz que sale de la tierra!

El Viento: ¡Ustedes son nietos del sol!

Teresa: ¿Dónde estás, Ramiro?

El Viento: ¡Ustedes son bisnietos del sol!

Teresa: ¡Quién me mandó venir hasta aquí! ¡Yo, la necia!

El Viento: ¡Ustedes son tataranietos del sol!

Teresa: ¿Para qué? ¡Para qué te hice caso, Ramiro!

El Viento: ¡Ustedes son hijos del sol!

Teresa: *(Pausa)*. ¡La empecinada en seguir el paso torcido, en quedarme callada cuando nos llevás derecho al barranco! ¡La terca en escuchar tus palabras mentirosas y tus espejismos de progreso, de una mejor vida que nunca llega porque conforme vas

caminando, vas destruyendo todo lo que tocás! ¡Esto me pasa por bajar la vista cuando venías balbuceando palabras de otras tierras, imponiendo la fuerza al amparo de quién sabe qué Reyes ni qué Dios, ni qué libros que nos condenan a todos a una muerte sin fin que no conozco!

La ola de fuego se disuelve en un bosque de humo espeso. Se escucha una multitud corriendo, aparece Teresa, cubierta de pies a cabeza con tile. Trae una raíz quemada.

Teresa: ¡Ramiro!

Ramiro: ¡Aquí estoy, Tere!

Teresa: ¡Ya te oí! Voy.

Ramiro: Ayúdame a salir, hermanita.

Teresa: No.

Ramiro: ¿Qué decís? Mirá...

Teresa: *(Interrumpiendo)*. ¡No seás egoísta, cabrón! ¿No estás viendo a la mujer que tenés a la par? *(Extendiendo la raíz para que suba la Mujer)*. Venga, venga usted. ¿Cómo se llama?

Mujer: ...No me acuerdo.

Ramiro: ¿Cómo, no sabe? El nombre es algo que...

Teresa: ¡Dejala hablar, te digo!

Mujer: Pero antes, ayúdeme con los niños.

Teresa: Súbalos.

Mujer: ¡Niños! ¡Al fin nos vamos! ¡Ya podrán ver la luz! *(La Mujer busca en el escondite. Saca unas vasijas de barro pequeñas, y se las pasa una por una a Teresa)*. ¡Les buscaré un lugarcito allá donde nace el sol!

Teresa: Con cuidado, sí, así, ya casi están todos. Ya.

Ramiro: Esos no son niños, señora.

Teresa: No le haga caso, no sabe lo que habla.

Mujer: Ahora voy yo.

Teresa: Con cuidado... Hoy sí, vas vos.

Ramiro: Ya era hora. (*Sube con dificultad*). Algo me hirió el pecho, siento una espina a través de la camisa... (*Teresa ayuda a la Mujer a cargar con las cuatro vasijas*).

Mujer: Algún día vamos a ser libres, les decía yo a ellos. Algún día vendrán a preguntar por nosotros...

Ramiro: Cenizas por todas partes.

Teresa: ¿No recuerda cómo se llama?

Mujer: De tanto estar allá abajo, la mente se confunde... mire, por aquí vivía yo, con mi familia... allí donde está parado usted...

Ramiro: ¿Aquí?

Mujer: Allí mismo. Usted no me va a creer... pero, así como lo estoy viendo...

Ramiro: ¿Y ahora por dónde avanzar?

Mujer: ...ahí se sentaba mi papá a conversar con nosotros... igualito que usted...

Ramiro: ¿Cómo regresarnos?

Teresa: Ramiro dice que estuvo aquí antes que yo naciera.

Mujer: Pero si se parece un mundo a mi papá. De él si me acuerdo, se llamaba Ángel.

Teresa: El que no recuerda el camino es Ramiro. Vamos a buscar a una abuela.

Mujer: Debe ser la misma persona, entonces.

Teresa: ¿Qué dijo?

Mujer: Nada, que a lo mejor nos conocemos de antes. ¿Y su abuela, quién es?

Teresa: Se llama Teresa, como yo.

Mujer: ¡Teresa! ¿Cómo no la voy a conocer? Allá los está esperando... pero váyanse ya, ¡que lleva años, años sin verlos!

Teresa: ¿Usted cómo sabe?

Mujer: Jovencito, venga para acá.

Ramiro: *(Que ha estado revolviendo la tierra negra con el dedo).* ¿Qué manda?

Mujer: Apúrese, que ya me voy.

Ramiro: Aquí estoy, ¿qué quería?

Teresa: No seás malcriado.

Mujer: No se estén peleando, que no son enemigos. Quiéranse, sino, nunca van a encontrar a la abuela. *(La Mujer saca un huacalito de una de las vasijas, abre otra y mete el huacal. Lo saca lleno, bebe y les convida).* Teresa, tomá un poquito de esto, y dale a tu hermano.

Teresa: *(Bebe, su rostro se altera. A Ramiro).* No te lo merecés.

Mujer: Teresa, es tu sangre.

Teresa bebe y le entrega el huacal a Ramiro.

Ramiro: ¡Ojalá...! *(La Mujer mira con severidad a Ramiro, cortando sus palabras).* ¡Ojalá! *(Bebe).* ¡Qué amargo está esto!

Mujer: ¡Vieron! ¡Nada les cuesta! Hoy sí ya me voy, que un siglo pasa como un río. *(Se aleja con sus cuatro vasijas. Detiene el paso, los mira de lejos).* ¡Ya me acordé! ¡Ya sé cómo me llamaba!

Teresa: ¡Dígame, dígame para que no se pierda en el viento!

Mujer: Yo soy Ángela, como mi papá. Ángela Sánchez.

Mientras Ángela Sánchez se aleja, Ramiro y Teresa mueren una vez más. Despiertan, renuevan sus pasos, en silencio.

Ramiro: Ya está bajando el sol.

Teresa: A mí qué.

Ramiro: Si te querés regresar, no te detengo.

Teresa: Ya estamos cerca, digo yo.

Ramiro: ¿De dónde?

Teresa: De cuando éramos peces.

Ramiro: Estás toda tilosa.

Teresa: ¿No te acordás cuando eras un embrión?

Ramiro: ¿A qué viene esa tontería?

Teresa: Cuando éramos ciegos en el mar placentario...

Ramiro: Tenés los ojos rojos. Te cayó la insolación.

Teresa: ¿No soñaste alguna vez que eras un pez nadando entre corales?

Ramiro: Conste que no te estoy obligando a seguir. Yo que vos me regresara.

Teresa: Esperate, voy a orinar.

Ramiro: Qué raro, también quiero mear.

Teresa: Yo al oriente y vos al poniente.

Ramiro: Yo meo donde me da la gana. (*Sin saberlo, sale en dirección poniente*).

Teresa: (*Sale rumbo al este*). De este lado viene la noche.

Ramiro: ¿Será que todavía vive...?

Teresa: ¿Quién vos?

Ramiro: ¿Quién más? ¡La abuela!

Sombra de Ramiro: ¿Pero cuál abuela? ¿La tuya o la de ella?

Ramiro: ¿Cómo que cuál? ¡La abuela Teresa!

Sombra de Ramiro: ¿Y si ya no está? ¿Qué te asegura que sigue en pie?

Ramiro: Tiene que estar. Sólo ella nos queda...

Sombra de Ramiro: Teresa es una carga, dejala perdida en el monte. Como aquella vez.

Ramiro: Es mi hermana.

Sombra de Ramiro: Media hermana. ¿Para qué seguir con ella? Te malogró el viaje al norte, que no se te olvide.

Ramiro: Andate.

Sombra de Ramiro: ¿Crees que la abuela te recibirá contenta después de lo que hiciste? ¿Después de abandonarla por siglos?

Ramiro: Ni mear en paz lo dejan a uno.

Teresa: ¿Y a este qué le pasa?

Sombra de Teresa: No confiés en lo que hace. Ramiro es malo.

Teresa: Yo también.

Sombra de Teresa: Ya es tiempo de irse cada quién por su lado.

Teresa: Desde el último viaje traigo eso en la cabeza.

Sombra de Teresa: No sabe lo que hace. Está loco. Si por él fuera, te quedás en las cárceles de la frontera.

Teresa: No tuvo valor de huir. La insolación.

Sombra de Teresa: Es un cobarde. Vino a sacarle algún provecho a tu abuela.

Teresa: La abuela de los dos.

Sombra de Teresa: Está solo sin vos. Te necesita más que vos a él. Dejalo que lo devore el monte.

Teresa: Yo no vine por dinero.

Sombra de Teresa: De él no estoy tan segura.

Teresa: Es mi hermano.

Sombra de Teresa: Medio hermano. Por eso te odia.

Teresa: ¿Qué gana con eso?

Sombra de Teresa: ¿Qué ganás vos estando aquí? ¡Andate sola!

Teresa: No.

Sombra de Teresa: ¡Andate! La abuela te está esperando a vos. Por eso llevás el mismo nombre.

Teresa: Dejame orinar, o te salpico los pies.

Ramiro: ¡Estoy viendo una casa, Teresa!

Entra la Abuela, lleva una olla en las manos.

Teresa: ¡Es la abuela, Ramiro! ¿Que no la ves? Viene con pasitos lentos, igual que la lluvia.

Ramiro: Empiezo a recordar...

Teresa: Nos ha escuchado pelear...

Ramiro: En esta casa naciste vos, Teresa. Mamá venía sangrando en el camino... todavía siento el olor de la tierra mojada... eras vos, luchando por nacer. La abuela nos estaba esperando... por aquí pasaron animales corriendo, una jauría de perros de monte cruzó la vereda...

Teresa: ¡Con los ojos nos está hablando, Ramiro! ¿Que no la ves? ¿Por qué te quedás ahí, como piedra?

Ramiro: La abuela te ayudó a nacer, te estabas ahogando en sangre, el sol del mediodía te quería llevar con él... La última vez que la vi, me puso los dedos en los ojos, para quitarme las lágrimas... Teresa, ya no puedo seguir... Aquí no hay casa, la quemaron los enemigos de nuestra sangre...

Teresa: ¿Estás sordo? ¡Ahí está la abuela, esperándonos!

Ramiro: Tengo barro en los pies. Me estoy secando, soy el árbol que incendiaron junto a la casa. Me duele el pecho.

Teresa: ¡Abuela, Ramiro no quiere caminar! ¡Venimos a buscarla de lejos!
¡Abuela!

Ramiro: ¡Nos quedamos solos, Teresa! ¡Nadie está esperándonos!

Teresa: ¡Abrí los ojos, Ramiro! ¡Ahí está la abuela, a un tiro de piedra!

Ramiro: Yo me abracé con fuerza al vientre de mamá, ¡yo te estaba matando!

Teresa: ¡Despertá, Ramiro! ¡Despertate!

Ramiro: Porque al nacer, también te iban a llevar, a servirle a los asesinos que dividieron la tierra, a los que cortaron nuestra carne, quemaron nuestros huesos, a los que arrojaron a pedazos nuestros corazones, hígados, pulmones, intestinos, riñones, estómagos, manos y pies como estiércol, para obligar a la tierra a parir añil... (Pausa). Algodón... (Pausa). Pasto... (Pausa). Madera... (Pausa). Café... (Pausa). Bálsamo... (Pausa). Caña de azúcar.

Teresa: Siento hambre, abuela.

Ramiro: Siento sed, abuela.

Teresa: Siento sueño, abuela.

Ramiro: Siento odio, abuela.

Teresa: Siento ira, abuela.

La Abuela se aproxima, les cierra los ojos. Los lleva de la mano, ellos van con los ojos cerrados hasta donde está la hornilla con la olla. Se sientan a comer. Comen con los ojos cerrados, la noche ha llegado. Se escucha la presencia de animales nocturnos, aves, insectos, el viento, los árboles.

El Fuego: ¡Ustedes son nietos de la luna!

Ramiro: ¿Por qué tenemos miedo, abuela?

Teresa: ¿Por qué nos quedamos solos?

La Abuela no contesta.

El Fuego: ¡Ustedes son biznietos de la luna!

Teresa: ¿Por qué estoy en silencio cuando matan a mi hermano?

Ramiro: ¿Por qué me escondo cuando se llevan a mi hermana?

El Fuego: ¡Ustedes son tataranietos de la luna!

Ramiro: ¿Por qué miramos al suelo cuando nos golpean?

Teresa: ¿Por qué abandonamos al herido en el camino?

El Fuego: ¡Ustedes son hijos de la luna!

Teresa: ¿Por qué nunca dejamos de morir?

Ramiro: ¿Por qué sigue entre nosotros el Dios del enemigo?

La Abuela toma de la mano a Teresa, y la lleva hacia el oriente. Teresa al fin puede abrir los ojos.

Abuela: No tengás miedo, Teresa.

Teresa: Abuela...

Abuela: ¿No me vas a dar un abrazo?

Teresa: Primera vez que la escucho, abuela... (*La abraza un instante inmenso*).

Abuela: Bien sabía yo que regresarían.

Teresa: ¿Es verdad que usted fue mi partera?

Abuela: No, la verdad, no. Pero aquí estaba con vos cuando diste el primer grito...

Teresa: Ramiro me dijo...

Abuela: Tu hermano...

Teresa: Sí, él me dijo que usted me recibió. Como estaba chiquito, quizá no se acuerda bien.

Abuela: Teresa.

Teresa: ¿Sí, abuela?

Abuela: No soy la abuela que vinieron a buscar.

Teresa: ¿Usted no es la abuela Teresa?

Abuela: No, hijita.

Teresa: ¿Y dónde está ella?

Abuela: ¿No la reconociste?

Teresa: Nunca la he visto.

Abuela: ¿Estás segura?

Teresa: No sé. ¿Cómo podría saber?

Abuela: La sangre llama a la sangre...

Teresa: Hasta la que se derramó en estos caminos.

Abuela: Cuando amanezca mañana, ¿a dónde irás?

Teresa: No sé. Podríamos...

Abuela: Vivir aquí...

Teresa: Con usted...

Abuela: Con tu abuela Teresa...

Teresa: Con Ramiro...

Silencio.

Teresa: ¿Por qué se queda callada...?

Abuela: Te voy a enseñar algo. Mirá el cielo.

Teresa: Es enorme.

Abuela: Lo que ves ya no está, y lo que está no lo ves.

Teresa: ¿Qué quiere decir?

Abuela: Lo que buscamos está al alcance de la mano.

Teresa: Aquí está.

Abuela: Cerrá los ojos.

Teresa lo hace. La Abuela le da un beso en cada ojo.

Abuela: Para ver de cerca, para ver de lejos, dormida o despierta.

Teresa: No puedo abrir los ojos.

Abuela: Aprendé a confiar en tus otros sentidos, hijita. Me voy, pero me quedo.

Teresa: ¿Qué dice, abuela?

Abuela: Esta es la última vez...

Teresa: ¿Última vez?

Abuela: Que estamos así, soñando juntas. Pero no estés triste. Después de seis siglos esperándolos, no podemos estar tristes.

Teresa: ¿Qué dice? No entiendo...

Abuela: Estoy aquí desde hace muchísimos años. He visto cómo ha corrido la sangre desde las guerras de invasión. He visto correr la sangre por cuidar esta tierra que es de todos. He visto correr la sangre de todos tus abuelos, que no se resignaron. He visto correr la sangre de nosotros, alimentando el monte, los animales, los árboles, las flores y hasta las nubes. He visto correr la sangre, cruzando ríos, escalando cerros, descendiendo hasta el fondo de la tierra donde se agita el corazón del fuego. He asistido a todos

los partos, a todas las muertes prematuras, he presenciado con llanto las ejecuciones públicas, los ahorcamientos sumarios, las cabezas colocadas en los árboles en señal de advertencia... he sido testigo de la huida interminable, los hostigamientos con bombas y metralas.... El verdadero holocausto fue en esta tierra, hija. Si a tu madre le dolió parirte fue por eso, por la inmensa muerte que te venía persiguiendo desde tus ancestros...

Teresa: ¿Por qué me dice eso?

Abuela: Para que no se pierdan sus vidas en el viento. Yo soy tu abuela, pero no tu abuela Teresa.

Teresa: Me duele la garganta, tengo seca la boca.

Abuela: Es porque te estás muriendo.

Teresa: No me quiero morir, abuela.

Abuela: ¡Entonces no te dejés morir!

Teresa: ¡Estoy temblando! ¡Tengo miedo!

Abuela: ¿Miedo de qué? Los muertos no temen.

Teresa: ¡Abuela, yo no estoy muerta!

Abuela: ¿Y qué hacés hablando conmigo? ¿Y a qué vinieron ustedes dos, pues?

Teresa: A conocerla, a estar con usted...

Abuela: Es tarde.

Teresa: No... no es justo.

Abuela: Nunca lo ha sido, menos con nosotros.

Teresa: ¡No me deje morir!

Abuela: ¡No te dejés morir, Teresa! Porque tu hermano...

Teresa: ¿Ramiro?

Abuela: Su corazón golpeado en el desierto, seguirá sonando...

Teresa: Abuela, no me voy a morir.

Abuela: ¡Entonces luchá! Que no se duerma tu corazón.

Teresa: Deme la mano. *(La Abuela la abraza, en silencio).*

Abuela: Mi ojito de agua, vas a regresar, verás de nuevo a la abuela... y tus hijos, y nietos también regresarán a su casa materna, aquí, donde nace el sol. Permanecé aquí, hasta que alguien te toque. Yo me voy, pero me quedo en vos.

Teresa se queda temblando, en medio de la noche. La Abuela se dirige hacia donde está Ramiro. Ella sigue el sonido de los pasos de la Abuela, para escuchar su conversación con su hermano.

Abuela: Ramiro, ven para acá.

Ramiro: Abuela... ¿Le contaron...? ¿Teresa le contó lo que nos pasó...?

Abuela: ¿Adónde, hijito?

Ramiro: Al inicio del viaje, ¿no le dijo cómo fue...?

Abuela: No te preocupés, Ramiro. Estás cansado.

Ramiro: Me cuesta respirar, quizá es la altura.

Abuela: Quizá... quizá... ¿No estás contento?

Ramiro: ¿Contento?

Abuela: ¡De verme, pues!

Ramiro: No sé qué decirle... sí, claro que me alegro de verla. (*La Abuela lo abraza con la fuerza de quinientos años*).

Abuela: Han caminado muchísimos años, Ramiro. ¿Por qué se fueron?

Ramiro: Ni siquiera yo sé. Sólo estábamos buscando...

Abuela: ¿Buscando qué?

Ramiro: Un pedazo de tierra, aquí nos quitaron todo.

Abuela: ¿Y por eso estás triste?

Ramiro: Estoy harto. A donde vamos nos miran como despojos.

Abuela: ¿Te acordás de mí?

Ramiro: Poco, apenas viví con usted un poco de infancia... después regresamos y fue como andar entre la niebla.

Abuela: Yo siempre estuve con ustedes. ¿Te acordás del árbol que estaba junto a la casa?

Ramiro: Más o menos, también había un perrito...

Abuela: ¿Cómo se llamaba?

Ramiro: Le decían Valle, andaba de arriba para abajo, no era suyo, pero le hacía compañía.

Abuela: Nunca es bueno arrebatarse la libertad.

Ramiro: Por eso nos fuimos, nunca tuvimos casa.

Abuela: Aquí está tu casa, esta es tu tierra. Aquí están enterrados tus bisabuelos.

Ramiro: Dicen que aquí hay mucha gente sin nombre.

Abuela: Tienen, pero ustedes no quisieron saber de ellos.

Ramiro: Ni ellos de nosotros.

Abuela: Eso no es verdad. Se fueron con ustedes, tenés la cara de tu bisabuelo. Fidel, Fidel se llamaba... bien me acuerdo de él.

Ramiro: ¿Fidel? Jamás lo escuché mencionar.

Abuela: Eso te pasa por orgulloso, por no reconocer que aquí está lo que te falta.

Ramiro: Aquí lo que hay es un terreno solitario, sin casa, sin árboles, sin ruidos...

Abuela: Es que tenés los ojos ciegos, como animal recién parido. O te enfermaste mirando las casas muertas de allá abajo. Tu bisabuelo Fidel, tampoco tenía casa, pero sabía dónde estaba su ombligo.

Ramiro: ¿Y quién era él? Algún desarraigado, igual que nosotros...

Abuela: Quizá, quizá... andaba con su rebaño de cabras por estos montes.

Ramiro: Por ahí nos encontramos con un niño... Teresa creyó ver niños, y yo cabras.

Abuela: Te voy a contar quién era él. Sentate.

Ramiro: ¿Y Teresa? A ella le gustan las historias.

Abuela: Dejala, después le contás. Pues ese niño que viste... ese desarraigado que decís, ese era Fidel.

Ramiro: ¿Qué Fidel?

Abuela: ¿Quién más? Tu bisabuelo.

Ramiro: ¿Qué está diciendo? Seguro ni restos quedan...

Abuela: ¿Cómo que no? Si hace poco hablaste con él.

Ramiro: Debe ser otro, ese niño, ¿cómo va a ser mi bisabuelo?

Abuela: ¿Por qué no? Si estás aquí, conmigo, que soy mayor que él.

Ramiro: Porqué dice eso...

Abuela: ¿Cuántos años creés que tengo?

Ramiro: No sé... noventa...

Abuela: Estás frío.

Ramiro: ¿Noventa y cinco?

Abuela: Lejos todavía.

Ramiro: ¿Cuántos? ¿Cien? A mí no me parece tan mayor...

Abuela: Pues soy más vieja de lo que pensás.

Ramiro: ¿Y cuántos años tiene?

Abuela: Para ese árbol que ves ahí... ya estoy vieja.

Ramiro: ¿Cómo? Si ese amate estaba desde que la abuela tomaba pecho.

Abuela: He visto a ese árbol crecer.

Ramiro: Seguirá allí cuando ya no estemos.

Abuela: Así es, Ramiro. ¿Todavía te duele el pecho?

Ramiro: Más o menos, fue cuando me caí en el tatú, con aquella mujer...

Abuela: ¿Cuál mujer?

Ramiro: ¿Cómo dijo que se llamaba...?

Abuela: Ángela, ¿verdad?

Ramiro: ¿Usted la conoce?

Abuela: A ella también la conocí de niña.

Ramiro: ¿Cómo va a ser eso?

Abuela: No me respondás, yo sé lo que te digo.

Ramiro: Perdona, abuela.

Abuela: Sabés, ella es la mamá de Fidel, tu bisabuelo.

Ramiro: ¿Qué dice? ¡Si la señora que vimos está todavía viva! ¿Y por qué sigue con eso de Fidel...?

Abuela: Yo sé por qué te digo eso. Ángela es la tatarabuela de Teresa, y tuya también.

Ramiro: Usted me está confundiendo.

Abuela: Y el papá de ella era Ángel, ¿verdad?

Ramiro: Eso dijo ella...

Abuela: Pues la mamá de Ángel, era Huitzil, y la mamá de Huitzil era Ollin, y la mamá de Ollin...

Ramiro: ¿Por qué me dice todo esto?

Abuela: Para que no te vayás sin saber quién sos.

Ramiro: Tengo ganas de dormir, abuela.

Abuela: Aguantá, Ramiro, tenés que saber...

Ramiro: Me duele el pecho...

Abuela: A mí también, pero de verte así.

Ramiro: ¿No está enojada?

Abuela: ¿Por qué?

Ramiro: Por cómo la traté allá abajo... cuando fue a buscarnos... yo sabía... yo... algo me lo decía... estaba molesto... conmigo... sabía... yo sabía quién era usted, abuela... cuando nos fue a buscar... no supe cómo... qué hacer... ni cómo decirle a Teresa... que usted... que usted nos había estado buscando... por tanto tiempo... hasta que finalmente, nos encontró... yo no quería que ella... no quería... que se enterara... de que yo... que usted... que por usted estaba viva.... Y que por mí... por mí... por eso usted nos fue a buscar, ¿verdad? Por eso mejor irnos lejos... porque no tenía valor... de verla, y decirle a Teresa...

Abuela: Eso lo sé, Ramiro... seguí hablando... seguí hablando, que todavía me falta decirte algo...

Ramiro: ¿Qué cosa?

Abuela: ...que la mamá de Ollin fue Nextli, y la mamá de Nextli... fui yo.

Ramiro: No le oí bien. Tengo una piedra bajo la camisa.

Abuela: Escuchaste bien, hijo. Yo soy tu abuela.

Ramiro: Siento una sed infinita.

Abuela: Pronto irás a beber agua de un pozo allá abajo.

Ramiro: Siempre va a dar uno con la misma tierra de donde nació, abuela.

Abuela: La tierra se mueve en nosotros, Ramiro.

Ramiro: Yo hice algo sin corazón.

Abuela: Contame.

Ramiro: Mejor no...

Abuela: No me voy a enojar.

Ramiro: Bien... abuela Teresa...

Abuela: No me llamo Teresa.

Ramiro: ¿Y cómo se llama, entonces?

Abuela: Después te digo... seguí contando...

Ramiro: Yo me fui con Teresa... no, ella no fue conmigo, yo me la llevé... recién nacida... yo tenía diez años... Teresa estaba envuelta en una manta... usted se la regaló... ¿se acuerda, verdad? Aquella manta suya de colores... pues yo me... a Teresa... me la llevé de la casa... le dije... iríamos a ver el sol... salimos de madrugada... nos perdimos... me senté al pie de un árbol como ese... dice usted... puse a Teresa a la par mía... sentí miedo... escuché... alguien arrastraba los pies... tuve miedo, abuela... miedo... ser atacado por algún animal... sin saber qué hacer... corrí en medio del monte oscuro... sin ver atrás... sin detenerme... no sabía dónde estaba el camino... subí unas piedras... seguí corriendo... lejos vi la sombra... la casita... tenía tanto miedo... ni podía gritar... llegué casi muerto, cansado... todo silencio... más callado un pozo seco... entré a la casa... me fui a acostar... y dormí... olvidé a Teresa en medio monte... fue un llorar... mamá y usted buscaban... toda la casa... buscaban como locas a Teresa... allí me di cuenta... la había dejado junto a aquel árbol... nunca he querido encontrarme con él... creyeron que un coyote la había llevado lejos, a comérsela... yo sin palabras, todavía

mudo con miedo... para mí todo eso un sueño... no, Teresa no aparecía, verdad... yo la perdí... no sé por qué... toda la mañana estuvieron tras ella... me encerraron en casa, por temor... que llegaran por mí también...

Abuela: ...la encontraron al pie de un árbol de amate... Teresa se había dormido. Fue cuando abrió los ojos por primera vez, era la frontera del mediodía... Yo la estuve cuidando desde que te fuiste, venado espantadizo... me quedé con ella, mientras amanecía... esta niña nació medio muerta... por eso te despertamos... sí, te despertamos a mitad de la noche para que la trajeras... necesitaba ver el sol para vivir... Medio muerta, Ramiro, Teresa nació medio muerta... nosotros la acompañamos hasta que abrió los ojos al sol de oriente... Al mediodía, Teresa ya respiraba tranquila... Así la encontraron tu madre María y tu abuela Teresa... Pero no fue un animal lo que te espantó, Ramiro... no fue un animal, fue lo que viste... ¿Qué viste Ramiro?

Ramiro: No sé... alguien arrastraba los pies...

Abuela: ¿Por qué, por qué los arrastraba?

Ramiro: Tengo un pesar aquí dentro, abuela. El viento, El fuego, me están llamando... Quiero soltar este cuerpo.

Abuela: Tenés que decirle a tu hermana lo que viste, Ramiro. Sólo así estarás tranquilo. Hablá con ella sobre lo que pasó. Vení, vení mi piedrita de jade, ya te contaré las cosas que aprendí cuando yo caminaba en este monte. Yo soy tu abuela Shilut, guárdalo en tu sangre, Shilut.

Le besa los ojos, Ramiro retrocede, sin poderlos abrir, trata de apoyarse en la abuela. Ella se separa de él. Ramiro intenta seguirle la voz, pero ella está fuera de su alcance. Él empieza a caminar ciego, Teresa viene despacio, buscándolo.

Teresa: ¡Hermanito, hermanito! ¿Dónde estás?

Ramiro: ¿Abuela? ¿Por qué no puedo ver? ¡Abuela!

Teresa: Soy yo, Ramiro, soy yo.

Ramiro: ¿Abuela Teresa?

Teresa: No, tu hermana Teresa. ¿Qué te pasa? (*Lo alcanza con las manos y le toca el rostro*). ¿Por qué estás llorando?

Ramiro: Empiezo a recordar. Empiezo a recordar lo que no quería. Empiezo a recordar la verdad.

Teresa: ¿Qué cosa, Ramiro? Vení, sentate conmigo. ¿Y la abuela?

Ramiro: ¿La abuela? ¿Cuál abuela?

Teresa: ¿Qué te pasa? La abuela Teresa.

Ramiro: Ella no es la abuela Teresa.

Teresa: ¿Qué decís? ¿Estás loco?

Ramiro: Esperate, por favor, tengo que decirte un par de palabras. Por favor, no me odiés...

Teresa: Ramiro...

Ramiro: Hermanita, perdoname... decile a la abuela que me duele... no digás palabra, sólo poné atención... tengo un mal presentimiento... no, no te estoy mintiendo, no ahora, de qué me serviría... siento un agujero en el pecho, el aire me raspa el corazón... no te miento, hermanita... Soy una mierda, Tere... soy un mentiroso... escuchame, sólo eso te pido... dame las manos... aquí, aquí estoy, todavía siento... Mirá... la mujer que llegó a buscarnos antes del viaje, es tu abuela, mi abuela... La abuela Teresa... el rencor me había crecido adentro, desde aquella vez que te perdí en el monte... sí, yo te perdí recién nacida en el monte... solo te quería mostrar el sol naciente... el sol, Teresa, para que abrieras los ojitos con la primera luz... pero te abandoné sobre un hormiguero... las hormigas... tenía un gran miedo en el corazón... ahora empiezo a recordar... el miedo, porqué tenía miedo ese día, Teresa... He visto a la Muerte. He

visto a la muerte mirarme, yo la vi, yo la vi, la muerte me miró y yo la miré... Fue antes que naciera el sol, vi a la muerte venir hacia nosotros... Yo la vi, yo la vi, era la muerte, pero no era, no era como me la imaginaba, ni como decían los del pueblo, la muerte era y no era, y me estaba mirando... estaba y no estaba, me señaló el pecho así, y ahora empiezo a recordar, yo la vi, esta vez no te voy a mentir, hermanita, la muerte venía arrastrando los pies, iba dejando surcos sobre la tierra herida, sobre los caminos que ya no tienen regreso, tres figuras ensangrentadas la acompañaban, con la cara triste, desdibujada, desencajada, sin nariz, sin ojos, con los dientes quebrados, con la sonrisa hundida, los traían así, sin consideración, sin respeto, arrastrando los pies... yo los vi, y la muerte me miró... venían los dos asesinos uniformados, venían los asesinos, venían a matarlos, y la muerte me miró y yo la vi, apuñalaron la tierra, abrieron una herida entre el monte, y la muerte me miró y yo la vi, ni siquiera los despidieron, sólo los dejaron caer, como rastrojos, sin respeto, sin decirles adiós, sin contemplar su cara de dolor. Los asesinos echaron tierra sobre tierra, sentí que yo también estaba allí, y me mataban con ellos, y la muerte me miró, y yo la vi, y yo la vi... Los abandonaron así, sin nombre, sin una seña para encontrarlos. Los uniformados se fueron a morir a otra parte, porque vi que se iban apagando, sus pasos eran brasas muertas... La muerte me miró, me señaló el pecho, y yo corrí. No supe qué hacer y te solté, te solté sobre un hormiguero, me quedé sordomudo, la angustia, una fiebre, no tengo perdón, Teresa. Te dejé tirada en medio del monte, perdida y condenada. Corrí sin ver atrás, sin acordarme de vos.

La abuela y mamá salieron a buscarte, me dormí sudando y llorando. La abuela te encontró llena de hormigas en los brazos, las piernas, la cabeza, los ojos, la boca. Lloraste cuando el sol de

oriente te acarició los ojos... La abuela te trajo, te apartó de mí, me dijo que si acaso quería matarte, que en qué estaba pensando, que para qué era tan pendejo... me pegó mucho, pero no sentí los golpes, todavía me habitaba la muerte y su mirada... entonces fue que sentí una bofetada, quizá la cara de tonto enfureció a la abuela, me derribó, me salió sangre de la nariz y la boca, quedé tendido un rato, hasta que vino mamá y me curó... El dolor me parió el olvido... sólo sabía que había hecho algo malo y me habían castigado... Desde entonces le guardé rencor a la abuela, porque se volvió desconfiada conmigo por lo que te hice, cualquier cosa estaba mal para ella. Ramiro, qué estás haciendo, qué te he dicho, baboso, quitate, hacete para allá, para qué naciste, no hacés nada bien, si tu abuelo y tu papá estuvieran vivos... vergüenza, eso sos, alejate de tu hermana, no le vayás a hacer daño, qué te dije, qué te dije... Mamá se enfermó de tristeza, de ser ignorada cuando preguntaba por el abuelo Fermín, papá Fidel, y nuestra hermanita Ángela... Tuvimos una hermana mayor, Teresa... Ángela era su nombre. Mamá enfermó de trabajar doce, trece, catorce horas diarias, cinco, seis, siete días, sin derecho a la justicia, sin ser escuchada. La muerte la encontró mirando la lluvia, cuando un pedazo de camisa asomó entre la tierra desgastada por la tormenta... ¿Te acordás, Teresa? Cuando la abuela fue a buscar trabajo... ¿Te acordás?... pasábamos encerrados, casi sin comer, y enfermos... ¿Te acordás?... la pobreza de la abuela... Por eso nos separaron de ella, y yo tenía ese rencor creciéndome en la entraña... por eso me fui sin decirle adiós, sin volver a verla, sin llorar, como hicieron aquellos asesinos cuando tiraron a nuestro padre, al abuelo y a nuestra hermana en la misma tumba desconocida... ¿Te acordás, Teresa? Por eso yo no volví a mencionar a la abuela, te dije que ya era muerta, para qué buscarla, que mejor

siguiéramos con nuestro camino, solo éramos vos y yo, Teresa... No, vos estabas muy pequeña, quizá tengás presente la cara, algún gesto, la voz, la última caricia... y años pasaron, vos sin saber, o sin recordar porque yo te malograba la esperanza, te desanimaba la ilusión de estar con ella, hasta que ya no preguntaste por ella, ni por mamá, ni por papá... pero la abuela y vos nunca estuvieron separadas, algo las venía juntando desde esa última vez, hasta que dio con nosotros aquella noche, y te logró contemplar los ojos. Vos como pérdida, sin saber quién era... Ay, Teresa, yo dejé morir a papá y al abuelo con el olvido, y casi hago lo mismo con vos y con la abuela... Ay, Teresa, tengo un agujero en el pecho, donde la muerte me señaló... En la milpa... junto a aquel árbol viejo... allí están... allí el abuelo Fidel... allí el padre Fermín... allí también nuestra hermanita Ángela... Tenés que darles el respeto... despedirlos... curar el dolor de la abuela... curar... Ay, Teresa, el aire es una bala que me asusta... El miedo es peor que morirse, no tengás miedo, no me soltés las manos... La abuela Shilut me llama... ese es su nombre, Shilut, Shilut, Shilut...

Ramiro se levanta bruscamente, sin dar tiempo a que Teresa diga palabra. Sus manos quedan vacías... El viaje de seis siglos casi ha terminado.

Teresa despierta lentamente. Se encuentra en una celda de la guardia fronteriza. Hace un frío lacerante. Se incorpora, con temor de lo que ha vivido.

Teresa: Ramiro, Ramiro... ¿Qué pasó? ¿Dónde estamos? (*Mientras habla con su hermano, examina la celda*). No sé cómo decirte, no sé por dónde comenzar... Un sueño lúcido. Vos estabas ahí, los dos, Ramiro, no quiero que se me olvide, no, no, que no se me olvide, mejor te lo cuento una y otra vez, para que entre los dos lo

recordemos... Vos y yo caminando sobre una loma seca, estamos peleando, Ramiro, por lo mismo, por la abuela... sí, así vamos (*hace gestos y movimientos para reforzar el recuerdo*), desde lejos vimos un grupo de personas que las iban a matar, eran dos hombres y una muchacha... al final del sueño me dijiste sus nombres, sí, sí, Fermín, Fidel y Ángela... me dijiste que eran el abuelo, el papá y nuestra hermana mayor. ¡Una hermana! ¡Nuestra hermana! Los habían matado los soldados, en una milpa junto a la casa de la abuela Teresa... Sí, así me dijiste, no te hagás el dormido, que te estoy hablando... De repente, aparece un viejo, así de bajito, con sus cabras, comimos con él, y nos dijo cómo llegar a la casa de la abuela Teresa. Seguimos en camino, encontramos una mujer y sus bebitos en un tatú... ¿Sabés que es un tatú, verdad? Un refugio, para salvarse de los bombardeos. Vos te caíste, y después yo los ayudé a salir... El viento me habló, sí, el viento trajo una voz suave y cariñosa, me dio miedo... no recuerdo lo que dijo. Fijate lo que pasó después... fue lo más bonito... ¡Encontramos a la abuela! Sí, Ramiro, ¡hablamos con ella, nos llevó a su casa, y cenamos juntos! ¡Estaba muy contenta, casi me quedo muda! ¡Me contó tantas cosas de nosotros, de mí, de vos, de nuestra familia! ¿A que no sabés cómo se llamaba? ¡Shilut! ¡Su nombre era Shilut! ¡Era nuestra abuela! ¡Pero de hace seis siglos! ¡Todavía me da escalofrío recordar su voz! Después... ella vino... y me dijo... ¿qué me dijo? No, no era así, vos hablaste conmigo, y me dijiste que te sentías mal... y... además... lo del abuelo... del papá... (*Pausa*). Lo de mamá... nuestra hermana... (*Silencio*). Y... y... y... ¿Por qué no me dijiste, Ramiro? ¿Por qué siempre me escondiste la verdad? ¡Ramiro, contestá, cabrón! ¡Qué te hice yo! ¡Por qué! ¡Ramiro! ¿Por qué sos tan mentiroso? ¡Qué fue lo que te hice! ¡Egoísta! ¡Por qué! ¡¡Por qué!! ¡¡¡Por qué!!! (*Ramiro la ignora, manteniéndose*

acostado de lado con el rostro viendo hacia la pared. Ella le pega, lo mueve, le descubre el rostro, se da cuenta. Tiene una herida en el pecho, mete la mano, palpa la herida, saca los dedos manchados de sangre, se toca la boca por reflejo, llama a los guardias, le grita al hermano dormido que se quede, que deje de jugar con eso, que no la deje sola, que ya sabe la verdad, que la abuela los está esperando, que...).

Entra un guardia con una bata de médico, evidentemente no lo es. Revisa el cuerpo de Ramiro, anota en su tablilla los detalles del deceso. Teresa pregunta, cuestiona, suplica, la ignoran. Viene un par de soldados que le recuerdan a Teresa los militares de su sueño, vienen con una bolsa, guardan el cadáver de Ramiro. Ella los ataca furiosa, el recuerdo del sueño le hiere la mirada. Ellos la inmovilizan y la esposan a los barrotes de la celda. El sueño vuelve a ella con una lucidez y una fuerza mayor. Teresa empieza a recordar el dolor de seis siglos.

Teresa: ¿Mañana? ¿Nos mandan de regreso? ¿Qué cosa? ¿Qué dice? ¡No comprendo! ¡Quién quiere entrar a este país mierda! ¡Nos vamos, Ramiro! A ver a la abuela, a la casita de la abuela, en aquel monte, junto a la milpa. Volveremos para darles el respeto y el cariño que les negaron al abuelo Fidel, a papá Fermín, a nuestra hermana Angelita. También lloraremos a mamá María, al bisabuelo Fidel, a su madre Ángela, a su padre Ángel, a su madre Huitzil, y a su madre Ollin, y a su madre Nextli, y a la abuelita Shilut, la mamita Shilut... Asesinos extranjeros te mataron, Ramiro. Eso le diré a la abuela. Asesinos de Ángela, del papá Fermín y el abuelo Fidel. Asesinos, para ustedes el miedo y una tumba sin fecha, sin rastro, sin señas, sin caminos, sin flores, sin árboles, en tierra quemada, estéril, desierto infinito donde el viento hace polvo los huesos, y los arroja donde nadie

llega, donde nadie sabe, donde nadie pasa. Asesinos de la verdad y el recuerdo, ojalá se los coman las hormigas, les pinchen los ojos, les arranquen la lengua y los genitales, y nadie pregunte, ni se moleste en acordarse de ustedes. Asesinos de mi sangre, de mi madre, de mi abuela, de mi bisabuela, de mi tatarabuela, de mis tatarabuelas, que sus muros caigan, que sus casas ardan, que sus cárceles las derrumbe el fuego, que sus barcos se precipiten hasta el fondo del mar, que sus armas se vuelvan contra ustedes, asesinos de mi nombre, de mis palabras, de mi lengua, de mis canciones de infancia, asesinos, que el sol los quemé, que la luna los pierda, que el monte los envenene, que la tierra los carcoma, yo los maldigo por encima de todo, yo los maldigo sobre la tierra y bajo la tierra, en el cielo y el mar, yo los maldigo desde el nacimiento hasta la tumba, desde los barrancos hasta la montaña, los maldigo por matar la verdad, por matar con el olvido, con la burla, con el desprecio a mis muertos, por matarnos a todos, yo los maldigo con todo mi cuerpo, mi sangre y mi espíritu, yo los maldigo desde el más pequeño hasta el más grande, desde el más estúpido hasta el más astuto, maldigo a sus reyes, militares, terratenientes, obispos, saqueadores, esclavistas, violadores, los maldigo por todo el daño, por todo el llanto, por toda la sangre derramada. Malditos ustedes por siempre, maldito el nombre del Padre, maldito el nombre del Hijo, y maldito el Espíritu Santo de su Dios cristiano que nos trajo tanta humillación.

Pasa un remolino de tierra. La frontera del mediodía, Teresa está por llegar a la casa materna, donde la esperan con el corazón en la garganta.

Teresa: Aquí traigo la pieza que faltaba
el rayo de luz que me entregaste

la gota de agua de mi nacimiento
soy la mata que creció en tu falda.

Me enseñaron con golpes la mentira,
sentir vergüenza de nuestro pasado,
me enseñaron la traición del olvido
que no hay motivo para abrir heridas.

¿Quién dice que alguna vez sanamos?
Hemos pagado caro nuestra estancia,
el derecho a vivir lo conquistamos.

Aquí tienes mis manos mutiladas,
mi pecho abierto, el cuerpo desollado,
toma, abuela, esta masa de dolor.

La abuela le habla con la mirada. Es la hora del Nixtamalero. Teresa corre hacia su abuela, se acerca la lluvia. La milpa ha reverdecido. Ramiro, su padre Fermín y su madre María, su abuelo Fidel y su hermana Ángela ahora tienen nombre, tienen flores. Una voz colectiva, ante el abrazo de Teresa y su nieta:

Aquí estamos
humilde barro
germen frágil
de la tierra.

Los Del Quinto Piso

15 años de Teatro

Publicación al cuidado de Jorgelina Cerritos y Víctor Candray
Revisión de texto: Nancy Vásquez

El Salvador 27 de marzo 2024